

María Cureses

Ni luz ni llanto



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Ni luz ni llanto
María Cureses

Recibió el XXXIII Premio «Torrente Ballester» de Narrativa en Lengua Castellana convocado por la Deputación Provincial da Coruña

Formaron el jurado:

Presidente: Xosé Xurxo Couto Rodríguez, deputado presidente da Comisión de Cultura, Políticas de Igualdade de Xénero e Normalización Lingüística.

Vocales: Clara Escajedo Pastor, Ignacio Martínez de Pisón Cavero, Dores Tembrás Campos, Lucía Taboada Vázquez y Domingo Villar Vázquez.

Secretaria: Mercedes Fernández Albalat-Ruiz

Primera edición: agosto de 2022

© María Cureses

© de la fotografía de la cubierta, Concha Romeu

Edición © La Umría y la Solana, 2022
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la Colección Abierta: Enrique Andrés Ruiz
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-124729-6-7
Depósito legal: M-20794-2022

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Quiero saber si ayudarás a mi mano a alzar al muerto.

Antígona

Donde nosotros vivíamos la tierra daba poco, tan poco que ninguno sintió pena cuando nos vinimos al norte y dejamos la casa y la cerca vacía, y regalamos a los vecinos las pocas cosas que no pudimos vender. Solo me dio pena de no sentir más el viento, que llegaba de noche y se agazapaba, abrazando la casa con un ruido negro y corredizo como un lazo de agarrar las reses. Pero no había nada que hacer ya más. Mi padre había muerto, siempre fue peón: una vida mansa de buey viejo no le alcanzó más que para darnos aquella casita con una cerca. En verano olía a polvo y tierra seca. En invierno, lo mismo, solo que más frío en las madrugadas. Por eso cuando tuve edad y ya entendí que yo tenía que mandar, nos vinimos al norte y ninguno dijo: yo me quedo.

Cuando llegamos acá me costaba dormir por la noche. Me faltaba el viento, galopando sobre la tierra, coceando las paredes de la casa, los postigos, resoplando a través de las rendijas, como queriendo entrar a patear el suelo y romperlo con furia.

Esto me duró mucho tiempo. Me agarraba sobre todo las noches que estaba más cansado. Entonces le hablaba a la Susy, que era como mi hermana, y la sentía despierta en su cama al lado de la mía, así que hablábamos los dos: de cuando éramos más niños, de un borrego cimarrón que tuvimos en la cerca un tiempo, de cuando los padres eran jóvenes y se

iban a los danzones de la plaza, cuando las fiestas. De esos días que me venían rotos a la cabeza y hablando con la Susy era como recomponerlos juntando los trozos de ella con los míos, sin saber qué tanto de recuerdos eran de cada uno, hasta que ella me decía: duérmete de una vez, que hay trabajo a la mañana. Y era decirme eso, y dormirme yo como una criatura.

Luego me acostumbré a la ciudad, como se acostumbran los animales cimarrones a vivir en los potreros. En el norte hay más cosas para hacer, solo en las calles de Juárez, donde no me alcanzaban los ojos a tanto de ver, yo hacía trabajos de carga, cuidaba puestos en el mercado, lustraba zapatos, recogía basura, así hasta que reuní el dinero para pagarme la licencia y encontré trabajo manejando la rutería. Mi madre y la Susy cosían en la casa para un taller de la ciudad. Yo las miraba coser, ese oficio de paciencia que les ocupaba el día entero, casi sin hablar, inclinadas sobre la labor, como si no hubiese nada más importante en la vida que hilvanar una costura, o pegar los botones a docenas de camisas que iban sacando de un cesto grande en el suelo. Escuchaban en el radio las canciones que le gustaban a la madre, «Flor de Capomo», «Caminos de Michoacán» y, sobre todo, «Bonita Finca de Adobe», que le recordaba a nuestra casita. Aunque nunca hubiéramos tenido una puerta de encino y mezquite, como decía la canción.

En Colonia Zacatecas, todo el mundo amanece temprano, muy de noche; el primer turno en la maquiladora empieza a las seis, yo comenzaba mi ruta a las cuatro y media. La rutería siempre brincando en los baches del piso mal asfaltado. Cada salto y cada rebote se convertían dentro de ella en un golpeteo incesante que magullaba los hombros, las rodillas, las espaldas, de las mujeres hacinadas dentro, lanzándolas

unas contra otras, igual que si las estuvieran acicatando a palos. Alguna se quejaba a veces; yo, acostumbrado ya a las voces, seguía en mis pensamientos. Cuando empezaban a verse las luces amarillas de la fábrica, Acapulco Fashion, las chicas empezaban a moverse, agarraban las bolsas con sus lonches, se ponían los abrigos. Los faros de la rutera arrancaban de la oscuridad una verja metálica, con dos garitas de cristales oscuros; estaba cercada además por una alambrada, bien tensa, con pelos metálicos que relucían bajo la claridad sebosa de los faroles blanquecinos que rodeaban la nave a cada trecho. Yo miraba a las chicas bajar y caminar a la entrada rapidito, la mayoría. Otras caminaban despacio, como empujadas, como con ganas de nunca llegar a la puerta.

De vuelta a la ciudad, veía aún los cerros negros y el desierto con algunos brillos acuosos, como de rocío. Atravesaba Tarahumara, Anapra, Arroyo del Muerto. Veía las filas de demora en el puente de Santa Fe, buenos autos los que entran cada día en la ciudad. Los jefes no viven nunca de este lado, cruzan cada mañana desde los barrios caros de El Paso y se regresan cada noche a sus casas. Es mejor demorarse horas para atravesar los puentes que quedarse de este lado. La frontera se levanta para dividir lo seguro de lo peligroso, es un borde líquido que nos separa de ellos, una valla entre el exceso y la escasez.

Pensaba en la Susy y la madre, todo el día encogidas, picándose los dedos. Las chicas de las maquiladoras ganan buena plata, tienen que granjearse, son muchas horas de trabajo, cierto, pero también la Susy trabajaba el día completo. Yo no le diría nada, de a poco, por lo menos.

II

La madre nos acostaba temprano, antes que volviese mi padre del campo. Nos contaba siempre las mismas historias. Que se había enamorado de mi padre cuando tenían doce años los dos, que en su quinceañera él le regaló unas peinetas para el pelo y que ella aún las guardaba, oxidadas y torcidas, en una caja de madera. Que cuando nací yo había una luna tan blanca como si fuera de día, lo que pareció a todos un augurio muy malo y mi abuela, asustada, llamó a una despenadora que despojase de ánimas la casa antes de que comenzase el parto. Con el tiempo entendí que nos contaba siempre las mismas historias, no por aburrimiento ni por insania, sino porque algunas historias no paran de ocurrir en nosotros hasta el final de la vida.

Luego llegaba mi padre, la cara como cuero viejo y los hombros agobiados por fatigas incontables. Llevaba el pelo largo hasta debajo de las orejas, los días de fiesta se lo peinaba hacia atrás, con agua. Por las noches, sentado a la mesa, con su perfil de indio iluminado por la lámpara que daba un tinte verdoso a su piel, y el pelo duro como crin de caballo, cenaba en silencio, como un ídolo antiguo y cuando hablaba, lo hacía también como un ídolo que se hubiese puesto a hablar misterios, dejando caer las palabras despacio.

No estaba descontento del trabajo, nunca se quejó del patrón. Se conocían desde niños, se llamaba Salcedo y su

padre también había sido peón, como el mío, solo que, en algún momento de su historia, un golpe de suerte lo sacó del peonaje. Se marchó a Concepción del Oro, muy lejos del pueblo, a trabajar de minero. Terminó haciéndose con una pequeña mina de plomo. La mina se agotó pronto, pero para entonces Salcedo el viejo, tenía ya juntado un capital. Volvió al pueblo, compró un ranchito y empezó a cultivar caña, primero con su hijo, luego con más hombres. Le fue bien, llegó a ser gente, y cuando mi padre le pidió trabajo, se lo dio sin dudar. Aunque mi padre fuera un peón de raya, Salcedo nunca se desdeñó de tomar con él, o de sentarse a su lado a fumar, después de la recia, y mirar crecer la caña. El día que murió mi padre, Salcedo se veía apenado de veras y ayudó en lo que pudo. Saludó respetuoso a la madre, que esperaba a la puerta, cerrada de negro hasta los puños y con el pelo compuesto de una forma que yo no le conocía.

Fue la Susy, sin embargo, mientras la madre rezaba el «Sal del mundo, alma cristiana...» la encargada de ponerle al padre un puñado de sal en la boca y otro en los ojos, y dejó sus manos pequeñas y morenas apoyadas largo rato sobre ellos, pero sin cerrárselos. En la región no se les cierran los ojos a los difuntos hasta pasado un rato: el que tardan en dar cuenta a Dios de sus actos. Ni se les reza seguido, hay que darles tiempo de reposo para el juicio. Era un día árido y sin viento, y el brillo duro del sol no alcanzaba a alegrar el camino de vuelta del camposanto, con charcos sucios de lluvia pasada.

En cambio, el día que llegó la Susy fue el más alegre del verano, decía la madre. Flotaba un aire verde y claro cuando mi padre llegó a la casita con ella de la mano. La madre lo contaba con una mezcla de precisión y vaguedad, como si hubiese mucho de inventado en lo que recordaba, pero

como si lo recordase de buena fe, o como si el transcurso del tiempo hubiese convertido su recuerdo en una realidad remota, pero difícilmente olvidable. Yo solo me acuerdo de una niña poco más grande que yo, que miraba todo en silencio, sin atreverse a tocar nada. Hasta que me vio a mí. Entonces se me acercó, se inclinó un poco y me besó en la frente. Así la conocí a la Susy.

Cuando fui más grande, la madre me dijo que algún día me contaría la historia, pero no lo hizo, y yo no pregunté: estaba contento de tener una hermana y todo estaba bien así.

De noche escuchaba su respiración tranquila. Por la mañana, la madre abría de golpe la ventana y la luz entraba en la habitación, violenta, como cuando se abre la puerta a un animal sin dirección, que corre, choca con las paredes, husmea los rincones, y al final se echa al piso resollando. Entonces yo miraba a la Susy, que se desperezaba en un momento, se lavaba la cara y se peinaba enroscándose la trenza con dedos rápidos y los ojos entrecerrados. Así se peinó siempre. Así la sigo viendo, en el medio de una habitación que llena la claridad desbordada del patio, mientras mi padre silbaba a los animales: un silbo duro y recto que sonaba a través del aire agrio de la mañana.

III

Un domingo, después de cenar, la Susy sacó un papelito y me lo mostró sin decir nada. Puedo entrar de *supply*, me dijo, hasta que vean cómo me desempeño. No tuvo que decirme más, los enganchadores pasean los domingos por donde hay chicas: siempre prometen mucho, Susy, no creas todo lo que cuentan. Puede ser, me dijo, pero si rindo promedio, ganaré el doble de lo que saco cosiendo en la casa. La miré y la encontré transformada y desconocida, algo así como si acabase de cortarse el cabello. O como si hiciese mucho tiempo que no la veía. Pero ella estaba decidida: solo falta que la madre esté de acuerdo, me contestó.

Nunca habían discutido así. La madre tenía miedo, siempre fue encimosa con nosotros, sobre todo con ella: pasan cosas en las carreteras, los jefes son abusivos, hay jaraseros que prometen ascensos y premios a cambio de un acostón, las chicas agarran mala fama solo por trabajar ahí. La Susy estaba empecinada. Le ganó a la madre por cansancio. Eso tenía la Susy: una porfía dura, mineral, como de sordo que no quiere oír. La madre me culpó a mí, por meterle la idea en la cabeza, dijo, pero finalmente cedió.

Luego hubo un silencio raro, y un rodar de miradas cortas, como si ninguno de nosotros estuviera a gusto con la idea. La madre, en la silla de hamacar, suspiraba de vez en cuando, con los ojos clavados en el piso. Respiraba lento,

como se respiran las tristezas. Yo las dejé solas. Me fui a La Traicionera, a veces el hombre tiene que beber y sacarse de encima la saña que le queda por no haber juntado más valentía en su propia casa. Valentía para decirle: no Susy, mejor te quedas. Pero yo también estaba cansado. No podía siempre pensar por todos.

Del siguiente día para adelante, la madre empezó a coser sola en casa: la Susy comenzó a trabajar en una maquiladora de trajes de baño, Sacramento Swimwear, que tenía una rutera pasando al ladito de la casa: por eso la madre había cedido, porque no tenía que andar caminando de noche. Del siguiente día para delante, yo me marchaba al trabajo sin hablar, hacía mis turnos y volvía rápido, y esperaba la llegada de la Susy en la puerta, haciendo como que salía a tomar el fresco, pero con los ojos pelones, por si acaso.

Pero ella sabía, sabía, la Susy siempre supo todo. Aunque era solo un poco mayor que yo, parecía haber nacido sabiéndolo todo. Nunca conocí una mujer que supiese tanto.

Yo quería decirle que se pusiera precavida: si pierdes la rutera, me llamas, no le pidas un aventón a nadie, ni siquiera a conocidos, no hables mucho con la gente, qué se yo, cosas así. Pero no me salían las palabras, se me quedaban enredadas en la cabeza y me desarmaban la voluntad de hablar. Y la madre no le decía esas cosas, no le decía nada. Desde el primer día se había quedado impávida, callada, no había vuelto a reírse ni a hablar con la Susy como antes, como si estuviese pasando un luto de silencio. Me miraba a mí, mientras comíamos, y yo comía con culpa, con rabia, como si masticase el miedo, por haber venido aquí, a esta tierra de labios partidos, tierra áspera, como hembra salvaje que engulle, tierra en la que nunca se sale ileso de estar vivo.

En esos días me agarraba seguido el recuerdo de nuestra casita, con la cerca y los animales, con la madre contenta, como era antes.

Así fueron nuestros días hasta que, en algún punto de la historia, el miedo nos ganó la partida. Fue el día que Camila no volvió al turno de mañana. Camila era una chica de mi ruta. Yo lo supe por las otras, lo hablaban en voz baja. Era carnaval, pero lo de Camila las había dejado sin ganas de fiestas.

Por no hablarlo en la casa, me marché a la calle. Había comparsas y música, gente venida de todas partes a beber, a desatarse, hombres vestidos de bailarinas, con mallas apretadas, disfrazados de hadas con alas de mariposa y párpados espolvoreados de purpurina, mujeres con trajes de policía y botas de tacón de aguja, viejas locas vestidas de novias, que perseguían a muchachitos y trataban de besarlos, locas empolvadas, locas con sombreros de frutas y provocativos vestidos de lentejuelas, hombres con antenas de marciano y ojos fosforescentes, que invitaban a las mujeres a bailar con ellos, mujeres vestidas de la Catrina con plumas de avestruz en el sombrero, y sonrisa de encías negras, que se peleaban unas con otras dando alaridos, se arrancaban las flores del pelo y rodaban por el piso, dejando sangre y lentejuelas regadas, la gente reía y tomaba, se paseaban contentos y nadie hablaba de lo de Camila.

Volví a la casa y entré despacito, sin ruido, por si estaban durmiendo. Entonces, en medio de lo oscuro, oí a la madre, alimentaba a una Piedra Imán con limaduras de metal, musitaba la oración de la piedra: te doy cuenta de ámbar y grano de coral para que la libres del mal, te pido oro para mi tesoro, plata para mi casa, cobre para dar al pobre, tú que pusiste los males en su sendero, de su sendero los apartarás. Y así

seguía y seguía, con una piedra imán macho en una mano, que mojaba todo el rato en un bocal de vidrio, para que la piedra comiese bien las limaduras de hierro, y salpicaba la cama de la Susy, que dormía sin enterarse. Esa noche se me desordenaba la cabeza. Supe que la madre sabía lo de Camila y también supe que tenía miedo. Y que lo tenía yo.

Pero preferí no hablarle esa noche. Comprendí que la madre aventaba con la piedra imán los fantasmas que la ase-diaban: como yo, que tengo mis propios fantasmas y, aunque creo que los tengo bien sujetos, con los fantasmas nunca se sabe.

No quise hablar con la Susy de lo que pasaba, de Camila, de las otras. Todo el mundo lo sabía y todos preferíamos hacer como que nada había pasado. Hablarlo significaba tener que hacer algo: agitar el aire, remover objetos, sacudir palabras, pretender respuestas. Hablarlo significaba agarrar a la Susy por un brazo, y a pesar de sus ojos sabios, que parecían haber vivido mil vidas antes y tener todas las respuestas, decirle: no, Susy, no vuelves a la maquila, porque si un día te desapareces tú, no habrá modo de encontrarte en el desierto, con las otras. Porque no quiero ver tu foto en los postes, “Señorita Extraviada”, como las otras, como tantas otras. Así pues, cuando cenábamos, yo miraba solo el fondo del plato, como si el barro vidriado pudiera hacer algo más que reflejar mi propio miedo.

No vuelves a la maquila, era tan simple como decirle eso. Pero no terminaban de salirme esas palabras. Porque en realidad, nada había cambiado, así eran las cosas cuando vinimos, así cuando le habló el enganchador, cuando se contrató, ya todos sabíamos lo que había. ¿Qué había cambiado ahora para que yo viniese a decirle: se acabó, Susy, para, de

hoy en adelante no trabajas más allí? Hubiese dado cualquier cosa porque mi hermana encontrase un trabajo decente, o mejor, por ser capaz de decirles a las dos: ya yo puedo con todo. Pero los hombres de la casa no pueden soñar.